

de las fuerzas más luminosas y más fatales; una Voluntad de Potencia, ignorada de los hombres hasta mí, que la poseo por primera vez; la valentía implacable en el terreno espiritual; la fuerza ilimitada de sabiduría sin menoscabo de la fuerza de obrar.

Todo, en esta obra, está profetizado: el próximo retorno del espíritu griego; la necesidad de hombres que serán *antialejandrinos*, de los que *anudarán* de nuevo el nudo gordiano de la civilización griega, después de haberlo roto Alejandro...

Oíd el acento verdaderamente universal que empleo en la página 30 para inculcar el «sentimiento trágico». No hay sino palabras históricas en esta obra.

He aquí la «objetividad» más extraña que pueda existir; la certeza absoluta respecto de *lo que yo soy*, se proyecta sobre cualquier realidad casual. La verdad mía habla en el fondo de un abismo lleno de espanto.

En la página 71 se describe anticipadamente el estilo de Zaratustra, con una incisiva seguridad de mano, y no es posible hallar una expresión más grandiosa para ese *acontecimiento* que significa *Zaratustra*, un acto más prodigioso de purificación y de santificación de la humanidad, que las páginas 43 y 46.

LAS CONSIDERACIONES INACTUALES

I

Las cuatro *Consideraciones inactuales* son en absoluto combatientes, y demuestran que lejos de ser yo un «Juan Lanás» que se entretiene tirando al sable, estoy dotado de más singular habilidad de puño que ningún esgrimidor.

El primer ataque (1873) lo dirigí contra la cultura alemana, que ya entonces despreciaba sin consideraciones de ningún género. Para mí estaba desprovista de significación y era cosa sin otra substancia ni objeto que representar «la opinión pública».

No existe equivocación más peligrosa y lamentable que la creencia de que el gran éxito de las tropas alemanas demuestren la importancia de su cultura y mucho menos la victoria de la cultura alemana sobre la francesa.

La segunda *Consideración inactual* (1874), demuestra lo venenoso y lleno de peligros que es nuestro concepto de la ciencia.

La vida está enferma por culpa de ese engranaje inhumano y mecánico, por culpa del trabajo «impersonal» del obrero, por culpa de una falsa economía en la «división del trabajo». El «objeto», ó sea la «cultura», no se consigue; el medio la actividad científica moderna, embrutece.

Por eso en esta segunda *Consideración* se presenta por primera vez al «sentido histórico», de que tan orgulloso se muestra nuestro siglo, como una enfermedad, como el índice típico de la descomposición.

En la tercera y cuarta *Consideraciones*, se presentan—como indicativas de una concepción superior de la cultura, del restablecimiento cultural—dos imágenes del más puro *personalismo* y la *autodisciplina*, dos tipos inactuales por excelencia, animados de un soberano desprecio por todo lo que en torno suyo se llamaba «Imperio», «Cultura», «Cristianismo», «Bismarck», «Éxito»... Schopenhauer y Wágner, ó mejor dicho: Nietzsche.

II

De estos cuatro ataques, el primero tuvo un éxito extraordinario, sencillamente magnífico.

Toqué á una nación victoriosa en el punto vulnerable, demostrándole que su victoria no era un acontecimiento en la historia de la civilización, sino tal vez todo lo contrario.

Me llegaron réplicas de todas partes, y no sólo de los antiguos amigos de ese David Strauss, á quien yo había ridiculizado como el tipo de un satisfecho, de un filisteo de la cultura alemana, como autor, en fin, de ese evangelio de cervecería que se llama *La antigua y la nueva fe*. (La palabra «filisteo de la cultura» ha pasado á ser del dominio público desde la publicación de mi libro.)

Estos antiguos, en los cuales hería profundamente la vanidad wurtemberguesa hallando cómicamente ridículo á su prodigio, á su Strauss, contestaron del modo más honradamente grosero que nunca pude desear. Las réplicas prusianas fueron más malignas: se notaba en ellas «el azul berlinés». Un periódico de Léipzig—esos *grenzboten* tan decantados—se permitió publicar las mayores inconveniencias, y me costó no poco trabajo contener á los basilesenses indignadísimos y dispuestos á protestar enérgicamente.

En favor mío no tuve en realidad más que unos cuantos viejos, por motivos bien diferentes, y la mayoría inexplicables.

Entre ellos figuraba Ewald de Göttingue

quien aseguró que mi ataque había sido mortal para Strauss. Asimismo el antiguo hegeliano Bruno Banes, que desde entonces fué de mis lectores más asiduos. Yo le servía en los últimos años de su vida de punto de apoyo para molestar al señor Freitschke, el historiador prusiano, diciéndole dónde podría documentarse acerca de la «cultura», de cuya idea había perdido hasta la menor noción.

Pero el que consagró á la obra y al autor las páginas más graves y más extensas fué un antiguo discípulo del filósofo von Baader, un tal Hoffman, de Wurzburg. Según él, había en mí una superior vocación para determinar una crisis decisiva en el problema del ateísmo, del cual era yo una de sus figuras más instintivas y radicales. El ateísmo fué precisamente lo que me acercó á Schopenhauer.

Sin embargo, no tuvo tanta importancia el estudio de Hoffmam como la defensa extraordinariamente vigorosa y alentadora de Carl Hillebrand, que causó una profunda y amarga sensación. Era un Carl Hillebrand distinto del habitual tan dulce, tan bondadoso. Este artículo del último alemán *humano* que manejaba la pluma se publicó en *La Gaceta de Augsburgo*, y todavía se puede leer—aunque algo atenuado—en sus obras completas.

Hillebrand presentaba mi obra como un acontecimiento, como un momento crítico y un síntoma excelente, como el verdadero *retorno* de la seriedad alemana á los dominios del espíritu, y en este orden no escaseaba los mayores elogios para el estilo del libro, para la madurez del gusto y el perfecto tacto en el discernimiento de las personas y de las cosas.

Consideraba mi obra como la mejor de polémica escrita en alemán, la mejor obra en ese arte de la polémica que tan peligroso es para los alemanes, y del cual conviene disuadirles. Además, estaba en absoluto conforme con mis teorías é incluso iba más lejos que yo en la opinión que había aventurado acerca del empobrecimiento del idioma alemán—actualmente juegan al purismo y son incapaces de construir una frase—. Despreciaba como yo á los «primeros escritores» de esa nación, y finalmente demostraba un gran entusiasmo admirativo por mi valor, ese «valor supremo que lleva al banquillo de los acusados á los favoritos de un pueblo»...

La influencia ulterior del estudio de Hillebrand, tuvo para mí un valor inestimable.

Nadie volvió á discutir conmigo. Desde entonces todo el mundo en Alemania se calla y me trata con astutas consideraciones.

Ya hace algunos años que empleo una absoluta libertad de palabras, lo cual es un privilegio que nadie sino yo goza en el imperio. Mi paraíso está «á la sombra de mi espada».

Después de todo, no hice más que seguir la máxima de Stendhal que aconseja entrar en el mundo *con un duelo*.

¡Y qué bien elegí mi adversario! ¡El primer librepensador de Alemania!

Realmente era la primera vez que se hablaba de una clase de libre pensamiento nueva en absoluto. Hasta ahora no hay nada tan diferente, tan extraño á mí como los «librepensadores», lo mismo que sean europeos ó americanos.

Con cualquiera de esas cabezas huecas de esos peleles de la «idea moderna» estoy en mucho más desacuerdo absoluto que con sus adversarios.

Ellos pretenden «mejorar» la humanidad rehaciéndola á su imagen y semejanza, y han declarado la guerra implacable á cuanto soy y á cuanto *quiero*, suponiendo que sean capaces de comprenderme.

Todos ellos creen todavía en el «Ideal».

Y yo soy el primer «inmoralista».

III

No tengo la pretensión de que las dos *consideraciones* encabezadas con los nombres de Wá-gner y de Schopenhauer puedan servir particularmente á la inteligencia de estos dos casos, ni siquiera para plantear el problema psicológico (excepción hecha, claro es, de ciertos detalles secundarios).

Sin embargo, todo cuanto hay de elemental en la naturaleza de Wá-gner, lo señalé con seguro instinto, como un don de comediante que resalta en todas sus propias consecuencias. En el fondo, nada más lejos de mi ánimo que hacer psicología en esos dos estudios.

Yo buscaba en ellos la primera expresión de un sin igual problema educativo, de una nueva concepción de la *disciplina de sí*, de la *propia defensa*, hasta la dureza inclusive, en un elevado impulso hacia lo sublime histórico.

Después de todo me apoderé de dos tipos célebres, no fijos aún, asiéndoles por los cabellos, como se toma por los cabellos una ocasión simplemente para expresar algo, para tener

algunas fórmulas, algunas indicaciones y medios de expresión más de que valerse. Por otra parte, aludo á esta particularidad—con una sagacidad absolutamente inquietadora—en la página 93 de la tercera *Consideración inactual*.

Platón se sirvió igualmente de Sócrates, como de una *semiótica* para Platón.

Ahora que en virtud de la evocación de esas obras he retrocedido al estado de alma en que fueron escritas, no puedo negar que en el fondo no hablan sino de mí mismo.

Wagner en Bayreuth es una visión de mi porvenir, y, por el contrario, en *Schopenhauer educador* están inscritos á la vez mi historia íntima y en lo que puede transformarse.

¡Qué lejos estaba todavía de lo que soy ahora, de donde estoy ahora! Una altura desde la cual no hablo con palabras, sino con truenos.

Pero *veta* la tierra... No me engañé nunca respecto del camino que me faltaba recorrer, respecto del mar, de los peligros y del éxito.

Hay una inmensa calma en la promesa, una feliz perspectiva que será algo más que una vana promesa.

Todo en la obra, hasta la menor palabra, está *vívido* profundamente, íntimamente. No faltan cosas dolorosas y tiene palabras verdaderamente sangrientas.

Pero una gran *libertad* ventea sobre todo este dolor y las mismas heridas se borran en objeciones.

Mi concepto de la filosofía como un terrible explosivo peligroso para todo; mi concepto del «filósofo» separado por una distancia de muchas leguas de la noción kantiana por ejemplo, para no decir nada de los «rumiantes» académicos y demás profesores de filosofía... De todo esto doy una enseñanza inagotable en *Schopenhauer educador*, mejor dicho, en su antípoda *Nietzsche educador* que toma la palabra.

Teniendo en cuenta que mi oficio era entonces el de sabio y que como tal me *consideraba*, no carecen de cierta importancia los trozos de severa psicología *sabia* que asoman de cuando en cuando en la obra. Sirven para expresar el *sentimiento de la distancia*, la profunda seguridad de la mano para discernir lo que en mí representa el propósito, la misión, de lo que no es más que el medio, lo accesorio. Mi sabiduría consistió en ser muchas cosas y en distintos sitios para poder transformarme en *Uno*, en llegar á ser sólo.

No tuve más remedio que ser sabio algún tiempo.

HUMANO, DEMASIADO HUMANO

I

Humano, demasiado humano es, con mis dos continuaciones, el monumento conmemorativo de una crisis.

Lo he subtitulado: «Un libro para los espíritus libres», y casi ninguna de sus frases expresa una victoria. Escribiéndole me desembaracé de cuanto había en mí de *extranjero* á mi verdadera naturaleza. Todo idealismo lo es para mí.

El título de mi libro quiere decir: «Allí donde vosotros veis hechos ideales, yo no veo más que hechos humanos, demasiado humanos, ¡ay!»

Yo conozco *mejor* al hombre. Un «espíritu libre» no es otra cosa que un espíritu *libertado*, un espíritu que toma posesión de sí mismo.

Todo en este libro ha cambiado por completo. Siempre sabio, es á veces duro é irónico. Es como si cierto intelectualismo aristocrático se esforzase constantemente en dominar la co-

rriente pasional que suena debajo. Así, pues, el centenario de Voltaire sirve en cierto modo de justificación á una publicación de este género en 1878. Porque Voltaire es—en indiscutible contraste con todo lo que se publicó después de él—, ante todo, un gran señor del espíritu, como yo.

El nombre de Voltaire sobre una obra mía ya es un progreso hacia *mi mismo*.

Mirándole de cerca se le descubre un espíritu implacable que sabe todos los escondrijos del ideal, que conoce sus mazmorras y su último refugio. Armado de una antorcha de llamas seguras, proyecta su luz implacable sobre el mundo *subterráneo* del ideal.

Es la guerra; pero una guerra sin pólvora ni humaredas, sin actitudes bélicas, sin gestos patéticos ni contorsiones, porque todo eso sería «idealismo».

Tranquilamente va poniendo uno después de otro los errores sobre el hielo: no se refuta el ideal, se le *congela*.

Aquí, por ejemplo, se hiela el «genio»; dad la vuelta y veréis helarse al «santo»; bajo una luz de hielo se congela el «héroe» y por último «la fe», eso que se llama «convicción», la piedad, todo...

UNIVERSITÄT
BIBLIOTHEK
MÜNCHEN
1913

II

El origen de este libro data de la época de las primeras representaciones en Bayreuth. La seguridad de que todo cuanto me rodeaba era profundamente extraño á mi naturaleza, fué una de las posibles circunstancias de su nacimiento.

Á todo aquel que se forme una idea de las visiones que hasta entonces habían brotado en mi camino, no le costará mucho trabajo adivinar lo que yo sentí cuando una mañana me desperté en Bayreuth.

Me parecía un sueño. ¿Dónde estaba? Yo no recordaba nada, no conocía á nadie; apenas si reconocí á Wágner. Inútilmente rebuscaba en mi memoria. Ni el más leve recuerdo de Fribschen—la isla feliz y lejana—. Ni la sombra de un recuerdo, de aquellos días incomparables después de la colocación de la primera piedra festejada por un grupo de iniciados que estaban allí, en *su puesto*, sin que nadie necesitara indicarles las cosas sutiles.

¿Qué había pasado?

Pues que habían traducido á Wágner al alemán. El wagneriano se había apoderado de Wágner. ¡El arte alemán! ¡el maestro alemán!... la cerveza alemana.

Nosotros, que sabíamos positivamente á qué clase de artistas refinados, á qué cosmopolitismo estético se dirige Wágner, estábamos fuera de sí al encontrarnos con un Wágner revestido de «virtudes» alemanas.

Tengo la pretensión de conocer bastante al wagneriano. No en balde he *vivido* tres generaciones desde la del difunto Brendel, que confundía á Wágner con Hegel, hasta la de los «idealistas» de *El Diario de Bayreuth* que confunden á Wágner ellos mismos, y he oído toda clase de confesiones acerca de Wágner.

¡Un reino por una palabra sensata! Realmente era una sociedad prodigiosa: Nohl, Pohl y otros «pintorescos» de igual laya. Allí se codeaban todas las deformidades sin faltar ninguna, hasta la antisemita.

¡Pobre Wágner! ¡Dónde había ido á parar! ¡Si al menos hubiese caído entre cerdos! Pero... ¡entre alemanes!...

Siquiera para edificación de la posteridad debía empalarse á un bayreuthiano auténtico, ó mejor aún, meterlo en espíritu de vino—puesto que el espíritu es lo que falta aquí—con la

inscripción siguiente: «Muestra del «espíritu» que fundó el imperio alemán.»

En fin, no tuve más remedio que huir cuanto antes de Bayreuth, desdefiando los consuelos de una encantadora parisién que se había propuesto distraerme. Me disculpé con Wágner, en un simple telegrama fatalista, y á un apartado rincón del Bøhmerwald, á Klingenbrunn, fui á ocultar como una enfermedad mi melancolía y mi desprecio por Alemania.

Durante mi estancia en Klingenbrunn fui anotando en mi *carnet*—bajo el título general de *La reja del arado*—frases sueltas, mordentes observaciones psicológicas, que tal vez se puedan encontrar en *Humano, demasiado humano*.

III

No fué, sin embargo, mi ruptura con Wágner lo que se decidió entonces.

Sólo me daba cuenta de una aberración general del instinto, cuyos errores de detalle—lo mismo que se llamaran «Wágner» ó «profesorado de Basilea»—, no eran más que sintomáticos. Me acometió una gran *impaciencia* contra mí

mismo, y comprendí que había llegado el momento de volver á ser *yo* nuevamente. De pronto, en un súbito é inexorable deslumbramiento, me di cuenta de cómo había derrochado el tiempo y cómo toda mi vida de filólogo era estéril y fortuita frente á mi verdadera misión.

Y me avergoncé de esta modestia *mentirosa*.

Tenía detrás de mí diez años de vida, diez años durante los cuales la *alimentación* del espíritu estuvo como suspendida sobre mí; diez años en los cuales no aprendí nada útil; en que olvidé infinitas cosas, absorto como estaba en *bric à brac* de erudición polvorienta.

Caminar á paso de tortuga por entre los métricos griegos, con toda la minuciosidad de la miopía: ¡he aquí hasta dónde he llegado!

Me causaba lástima á mí mismo viéndome flaco y descarnado: faltándome las «realidades» en mi provisión científica y quedándome en cambio los «idealismos» sin valor ninguno.

Sentía una sed realmente abrasadora, y desde aquel instante no me ocupé más que de la fisiología, la medicina y las ciencias naturales—no volviendo á los estudios históricos sino obligado por la necesidad imperiosa de mi *misión*.

Entonces adiviné, también por primera vez, la correlación que existe entre esa actividad *escogida* contrariamente al instinto natural, en-

tre lo que se llama «vocación»—cuando todavía no os «llama» *nada*—y esa necesidad de *adormecer* el sentimiento de vacío y de inanición del corazón por medio de un arte que sirva de narcótico, delante del arte wagneriano, por ejemplo.

Mirando prudentemente en torno mío, descubrí una multitud de jóvenes que sufrían del mismo mal. Toda violencia contra la Naturaleza arrastra forzosamente otra segunda violencia.

En Alemania—digamos «imperio alemán», para evitar en lo posible el desprecio—existen infinitos jóvenes que, condenados á una decisión prematura, se van muriendo lentamente, por consunción, aplastados bajo el peso de un fardo que no pueden arrojar.

Éstos son los que solicitan á Wágner en clase de *narcótico*, para olvidarse, para liberarse de sí mismos durante un momento.

¡Qué digo un momento! *durante cinco ó seis horas.*

IV

Súbitamente, mi espíritu se había rebelado de un modo implacable contra la vieja costum-

bre de ceder, de seguir, de engañarme á mí mismo. Cualquier género de vida, aun en las condiciones más desfavorables, la miseria, la falta de salud, todo era preferible antes que aquel *desinterés* indigno, en el cual me hundi al principio por ignorancia, por exceso de *juventud*, y donde continué por indolencia, por no sé qué «sentimentalismo del deber».

Afortunadamente vino en mi ayuda, con una precisión y una oportunidad admirables, cierta *mala* herencia recibida de mi padre, que consiste en la predisposición á morir demasiado joven.

La enfermedad me *separó lentamente* del medio en que vivía, me evitó toda ruptura, toda situación violenta y escabrosa, y no sólo no perdí ninguno de los testimonios de benevolencia que me rodeaban, sino que conquisté otros nuevos.

La enfermedad me confirió, además, el derecho á cambiar radicalmente de costumbres. Me permitió, me *ordenó* el olvido.

Como un homenaje, me regaló la obligación de permanecer acostado, ocioso, esperando pacientemente... ¿Y no es todo esto *pensar*?

Mis ojos cortaron de raíz toda preocupación *libresca*, toda filología. Me liberté de los libros. Durante muchos años no volví á leer nada y

fué este el *mayor* bien que han podido concederme.

El «yo» interior, ese «yo» en cierto modo oculto y mudo á fuerza de oír constantemente el otro «yo»—y leer no es otra cosa sino eso—, se despertó lentamente, vacilante y tímido primero, y concluyó por *hablar nuevamente*.

Nunca he sentido tanto placer en la auto-inspección como durante aquel período, el más mórbido y el más doloroso de mi vida. Basta leer *Aurora* ó *El viajero y su sombra*, por ejemplo, para comprender lo que significaba ese «retorno á sí mismo», la forma superior de mi curación. La otra curación fué hija de ella.

V

Humano, demasiado humano, este monumento lleno de rigurosa disciplina, gracias al cual me vi bruscamente libre de todo lo que se había infiltrado dentro de mí: de «sacro delirio», de «idealismo», de «bellos sentimientos» y otras feminidades, fué concebido y planeado en Sorrento, pero se concluyó y adquirió la forma definitiva durante un invierno pasado en Basi-

lea en condiciones mucho más desfavorables que en Sorrento.

En realidad, este libro está sobre la conciencia de Peter Gast, que estudiaba entonces en la Universidad de Basilea, y el cual me era muy devoto.

Yo dictaba, con la cabeza dolorida y atrapada de compresas. Él escribía, corregía incluso; por eso él fué en realidad el verdadero «escritor», mientras que yo no era más que el «autor».

Cuando, al fin, tuve entre mis manos el libro ya impreso—no sin profundo asombro del «enfermo» que había en mí—, me apresuré á enviar dos ejemplares á Bayreuth.

Por una milagrosa ironía de la casualidad, recibí al mismo tiempo un bonito ejemplar de *Parsifal*, con esta dedicatoria de Wágner: «Á mi querido amigo Federico Nietzsche, como el más firme testimonio de cordialidad.—Ricardo Wágner, consejero eclesiástico.»

Los dos libros se habían cruzado en el camino. Me pareció oír un ruido fatídico: aquello realmente era el choque sonoro de dos espadas.

Por aquella misma época aparecieron los primeros números de las *Hojas de Bayreuth* y yo comprendí entonces *de qué* había sonado la hora.

✓ ¡Oh, prodigio! Wágnner se había vuelto piadoso...

VI

De cómo pensaba yo entonces (1876), de la prodigiosa certeza de mis juicios y de cómo entendía mi misión, de cómo es universal mi obra, es claro y firme testimonio la obra misma, y en particular cierto pasaje de ella muy significativo.

Sin embargo—con esa instintiva astucia habitual en mí—, procuré evitar de nuevo la palabra «yo», no para seguir escribiendo los nombres de Schopenhauer ó Wágnner, sino para prestar un rayo de gloria histórica á uno de mis amigos, el excelente doctor Pablo Rée.

Por fortuna era un animal demasiado listo para caer en el cepo. Otros lo fueron menos.

Siempre he conocido la clase de lectores de los cuales hay que desconfiar—como por ejemplo el característico profesor alemán—en que son los que apoyándose en ese pasaje, creen poder interpretar todo el libro como de un *Réalismo superior*, siendo así que precisamente está en contradicción con cinco ó seis proposiciones

de mi amigo. Puede leerse á propósito de esto el prefacio de *La genealogía de la moral*.

He aquí, ahora, el pasaje á que hago referencia:

«¿Cuál es, después de todo, el principio al cual ha llegado uno de los pensadores más audaces y más fríos, el autor del libro *Del origen de los sentimientos morales* (leed: Nietzsche, el primer *inmoralista*), gracias á su análisis incisivo y cortante de las acciones humanas?

✓»El hombre moral no está más cerca que el hombre físico del mundo inteligible, porque no hay mundo inteligible.

»Esta proposición, nacida ya fuerte y con filos bajo el martillazo de la ciencia histórica (leed la *transmutación de los valores*), tal vez llegue un día que sea el hacha para cortar de raíz la «necesidad metafísica» en el hombre.

»¿Para bien ó para mal de la humanidad? ¡Quién sabe!

»Pero tal como sea permanece una proposición de importantes consecuencias, fecunda y terrible á la vez, mirando al mundo con esa doble faz que tienen todas las grandes ciencias.

AURORA.--Reflexiones sobre
los prejuicios morales

I

Con este libro empieza mi campaña contra la *moral*.

No huele lo más mínimo á pólvora; al contrario, por poca delicadeza del olfato que se tenga se notará en él un perfume mucho más agradable.

No suena á estrépito de artillería, ni siquiera á simples disparos de infantería.

Si el efecto de este libro es negativo, sus procedimientos distan muy mucho de ser negativos, y de estos procedimientos surge aquel efecto como un resultado lógico y no con la lógica brutal de un cañonazo.

La lectura de este libro causa una desconfianza sombría respecto de todo lo que se honraba y admiraba inclusive hasta entonces bajo el nombre de moral.

Y sin embargo, no hay en todo el libro ni

una negación, ni un ataque, ni una maldad; bien al contrario, se extiende bajo la luz terso y feliz como un animal marino que toma un baño de sol entre las rocas de la playa. Yo mismo era ese animal marino. Cada frase de *Aurora* ha sido pensada, como capturada entre los mil escondrijos de ese caos de rocas vecinas de Génova, y donde yo vivía solo, cambiando secretos con el mar.

Todavía ahora, si alguna vez por casualidad me pongo en contacto con este libro, cada frase suya es para mí como el extremo de un hilo, con ayuda del cual extraigo de los profundos maravillas incomparables. Sobre su piel corren delicados estremecimientos de añoranza.

El arte que caracteriza á este libro no debe desdeñarse. Sabe sorprender las cosas que pasan ligeramente sin ruido, instantes comparables con los lagartos, y fijarlos un momento, no con la crueldad de aquel joven dios griego que ensartaba por gusto á las pobres lagartijas con la punta acerada de la pluma.

«¡Hay tantas auroras que no han lucido aún!»

Esta inscripción indostánica saluda en el umbral de mi libro.

¿Dónde busca el autor esta alba nueva, esa rojez delicada, todavía invisible, que anuncia el

nuevo día, toda una serie, todo un mundo de nuevos días?

En una *transmutación* de todos los *valores*, por la que el hombre se libertará de todos los valores reconocidos hasta ese momento, dirá: «sí», y se atreverá á creer en todo lo que estaba prohibido, despreciado, maldito.

Este libro lleno de *afirmación* extiende su luz, su amorosa ternura sobre toda clase de cosas malas y les restituye su «alma», la bondad de conciencia, su derecho soberano á vivir. Ni siquiera se ataca en ella la moral, no tiene importancia...

II

Mi misión consiste en preparar á la humanidad un momento de supremo retorno á sí misma, un *gran Mediodía*, en el que pudiese mirar detrás de ella y hacia lo lejano; en que se sustrajera á la dominación del azar y de los sacerdotes, y en que se preguntara por primera vez—*en su conjunto*—el cómo y el por qué de las cosas.

Estos propósitos míos se desprenden necesariamente de la convicción de que la humanidad

no sigue el camino recto y que, lejos de estar gobernada por una providencia divina, bajo esas concepciones de los valores más santos se ocultan insidiosamente el instinto de negación, el instinto de corrupción, el instinto de decadencia.

Por eso, porque depende de él el porvenir de la humanidad, tiene para mí una importancia de *primer orden* el problema del origen de los valores morales.

La obligación de *creer* que todo está en buenas manos, que un sólo libro, la Biblia, resume definitivamente el gobierno divino y la sabiduría acerca del destino de la humanidad, equivale á ahogar voluntariamente la verdad, que demostraría todo lo contrario: esa convicción lamentable de que hasta ahora la humanidad ha estado en malas manos, que ha sido gobernada por seres vengativos y astutos, por esos desheredados que se llaman «santos», esos calumniadores del mundo que ensucian la raza humana.

La prueba decisiva de que el sacerdote—sin excluir á los sacerdotes *enmascarados*, los filósofos—ha llegado á ser el amo, no sólo en la limitación de una comunidad religiosa, sino fuera de esa limitación; la prueba de que la moral de la decadencia, la voluntad de morir

se confunden con la moral por excelencia, es el valor absoluto que tienen en todas partes los actos no egoístas y el odio con que se persigue al egoísmo.

Todo aquel que no esté de acuerdo conmigo sobre este punto, le considero como *infestado*. Pero es el mundo entero quien está en desacuerdo conmigo. Para un fisiólogo, semejante contradicción de valores no deja lugar á duda.

Cuando en cualquier organismo, se relaja el órgano más pequeño, aunque sea muy poco, y pierde la seguridad en hacer valer su propia energía, su egoísmo, degenera inmediatamente el conjunto.

Lo primero que exige entonces el fisiólogo es la *ablación* de la parte degenerada, y la *aisla* implacablemente de las demás. Pero el sacerdote *quiere* precisamente lo contrario: la degeneración del conjunto humano. Por esa razón conserva á los degenerados; á ese precio domina la humanidad.

¿Qué propósitos, qué fin tienen esas mentirosas concepciones *auxiliares* de la moral— «alma», «espíritu», «libre arbitrio», «Dios»—, sino arruinar fisiológicamente á la humanidad?

Cuando se descuida la propia conservación, el acrecentamiento de la fuerza corporal, *es decir, de la vida*; cuando se hace de la *clorosis*

un ideal, del desprecio del cuerpo la «salvación del alma», ¿qué es todo eso sino una *receta* para adquirir la degeneración?

La pérdida del equilibrio, la resistencia contra los instintos naturales, el *desinterés*, en una palabra, es lo que se ha llamado moral hasta hoy.

Con *Aurora* emprendo por primera vez la lucha contra la moral del autorrenunciamiento.